

MERCEDÉS LÓPEZ JORGE



María José Guerra y Ana Hardisson (eds.),
20 pensadoras del siglo XX,
 Oviedo, Ediciones Nobel, 2006.

A VUELTAS CON EL CANON FILOSÓFICO: EPÍTOME DE GENEALOGÍAS DE MUJERES

La obra *20 pensadoras del siglo XX* está comprendida en dos tomos de extensión equivalente. Cada uno de ellos está constituido por diez capítulos, resultando así, de la suma de ambos, veinte estudios en torno al pensamiento de veinte mujeres que han sido seleccionadas como representativas del acontecer intelectual del siglo XX. El

contexto de la génesis de *20 pensadoras del siglo XX*, es claramente feminista, tanto por el modo en que nació este proyecto como por su finalidad última. Esta iniciativa surgió de la relación generada entre mujeres con ocasión de un ciclo de conferencias celebrado en el Ateneo de La Laguna, y cuya duración fue de dos cursos académicos, circunstancias ambas que dotan al

proyecto de un cariz diferente del anquilosado academicismo de la escritura solipsista. El dinamismo y la vitalidad con los que emergió la presente obra quedan reflejados en la vindicación que propone: emprender una práctica política de reconocimiento hacia el pensamiento de las mujeres, excluido casi por definición del canon filosófico. Su espíritu feminista, de reivindicación y de diálogo, se traduce además en una amplitud de miras respecto al público al que pretende dirigirse. Se trata de una obra de obligada lectura para el feminismo, como intentaré mostrar en lo que sigue, pero, además, resulta sugerente para otros contextos pues, en la medida en que las autoras escogidas (se) han nutrido (de) las diversas corrientes que han surcado el siglo XX —el marxismo, el psicoanálisis, el existencialismo, la teoría crítica, el pragmatismo y el postestructuralismo, entre otras—, esta excelente selección constituye un relato de la azarosa historia intelectual del siglo XX. La interdisciplinaridad del feminismo, su vocación dialogante y su inconformismo lo colocan en una posición privilegiada desde la que poder acercarse al pensamiento del siglo pasado, ya que ese *modus essendi* del feminismo coincide con el *modus cognoscendi* de nuestra historia intelectual más reciente.

La división en dos tomos responde a una razón cronológica: el primero reconstruye las teorías y las prácticas puestas en marcha por diez mujeres que vivieron y escribieron (en) la pri-

mera mitad del siglo XX, y el segundo da cuenta de las que configuraron el pensamiento de mujeres de la segunda mitad del siglo; teorías y prácticas que, por otro lado, siguen conformando nuestro aún incipiente siglo XXI. Me refiero a reflexiones como las de Celia Amorós o las de Judith Butler, pues sus innumerables filiaciones a escala transnacional han generado las corrientes filosófico-feministas más en boga del momento. En cualquier caso, en la actualidad —occidental— no sólo resuenan los pensamientos de estas dos mujeres, sino que lo hacen los de las veinte mujeres seleccionadas, justificando así, a mi juicio, que se trate de una excelente compilación y asegurando, al mismo tiempo, que estamos ante una obra unificada: podemos rastrear a las autoras del primer tomo en las autoras incluidas en el segundo, dado el juego de influencias teóricas y políticas que se ha producido entre ellas. Así, en Seyla Benhabib leemos entre líneas a Hannah Arendt; en Nancy Fraser leemos a Rosa Luxemburgo y a Alexandra Kollontai; en Judith Butler encontramos retazos del espíritu anarquista de Emma Goldman; en Adrienne Rich, Luce Irigaray, Germaine Greer o en Julia Kristeva podemos seguir una estela que parte de Virginia Woolf; en Celia Amorós revisitamos a Betty Friedan; y por no mentar la omnipresencia ineludible de Simone de Beauvoir.

Muchos han sido los estudios que han mostrado que todos los pensamientos recogidos en el segundo de los volúmenes

son herederos de la concepción beaivoriana de la mujer como *El segundo sexo*. Tal y como dicta la introducción del presente libro, Simone de Beauvoir escribe la obra en la que la mujer pensadora cobra autoconciencia en femenino. Sin embargo, el hecho de que no todas estas autoras la reconozcan como principio o fuente de sus discursos evidencia, desde mi punto de vista, la existencia de una problemática edípica en el pensamiento feminista de las últimas seis décadas. Hay quienes, como Celia Amorós, no cesan de deshacerse en lisonjas hacia Simone de Beauvoir, y quienes, como Luce Irigaray, insisten y persisten en deshacerse de su filiación. Estas últimas llegan incluso a afirmar que nunca han leído *El segundo sexo*, pretendiendo argumentar así la originalidad de su propio pensamiento. Este esfuerzo en querer ser consideradas “las primeras en” o, en palabras de María José Guerra, este “adanismo”, se deslegitima en cuanto disponemos de una visión historiada y feminista del pensamiento femenino. La pertinencia de obras como la que estamos reseñando es precisamente que ofrece a la lectora o lector la posibilidad de restañar las rupturas ocasionadas por la falta de registro histórico del pensamiento de las mujeres.

La segunda mitad del siglo XX, representada por el segundo tomo, se distancia de la primera mitad por esa incipiente concienciación feminista,



que posibilita que encontremos autoras que entrelazan sus pensamientos, como Martha Nussbaum y Agnes Heller o Luce Irigaray y Adrienne Rich. Estas alianzas han sido desveladas por ellas mismas y por sus intérpretes e investigadoras, cuya labor es más que valiosa en ese tender puentes entre mujeres, entre pensadoras. Ellas han logrado visibilizar el pensamiento de María Zambrano y al relacionarlo con el de la estela woolfiana –ignorante de su existencia–, lo han iluminado, ampliando sus horizontes. La concienciación feminista que acompaña a esta tarea divulgativa es desde mi punto de vista la que ha desvelado la idea de que la originalidad de la autoría viene de la consciencia de ser originadas, de saberse autorizadas. Luce Irigaray explica, redefiniendo la dialéctica hegeliana, que sólo a través de la mediación de otra mujer podemos conformarnos como sujetos, parlantes y pensantes, al margen de las heterodesignaciones patriarcales.

Es probable que esta falta de mediación, de autorización, sea la que explica que la gran mayoría de las pensadoras recogidas en estos volúmenes no se piensen a sí mismas como filósofas. Simone de Beauvoir se consideraba una escritora “seria”, Hannah Arendt una teórica política, otras se sentían críticas literarias y otras meras críticas de grandes cosmovisiones. Esta incomodidad de las mujeres con el lugar de enunciación de la filosofía ha sido

analizada por la política de las mujeres como un rechazo natural a formar parte de un medio hostil, construido desde sus orígenes de espaldas a la presencia femenina. Luce Irigaray afirma que los cimientos sobre los que está edificada la filosofía representan precisamente la exclusión de las mujeres. Sin embargo, en la medida en que es en la filosofía donde se dirimen los sentidos y los valores, ella misma apuesta por redefinirla de tal forma que las mujeres sean sujetos –y no objetos– de conocimiento.

Ésta ha sido la gran batalla de todas y cada una de nuestras veinte pensadoras, y sin embargo, un siglo más tarde podemos seguir refiriéndonos a nuestra lucha con las mismas palabras. Y es que de nada sirve que se deje hablar a las mujeres si no se las escucha; por tanto, junto a la política de la igualdad que reclama el libro, no debe faltar una política paralela de reconocimiento social y cultural del hacer y pensar de las mujeres. Para ello, considero que casi tan importante como reivindicar un “hueco” en el canon filosófico para estas veinte pensadoras es el papel de las veinte mujeres –y el hombre– que acudieron a *La Laguna* a presentar y difundir sus obras. Desde mi perspectiva la valía de este libro cobra fuerza si enfatizamos el protagonismo de estas veinte estudiosas pues con su investigación no sólo ayudan a subsanar desigualdades, sino que además construyen genealogías femeninas; no se limitan a describir las reglas del juego, más bien las subvierten poniendo-

se a sí mismas en juego, visibilizando las redes que se tejen entre los pensamientos de mujeres. Así como Elvira López, de quien se da cuenta en el primer volumen, elaboró su tesis doctoral sobre el movimiento feminista en los albores del siglo, Rosario Miranda, Isabel González, Aránzazu Hernández, Ángela Sierra, María Luisa Femenías, Elena Gascón, Cristina Sánchez, Elena Laurenzi, Teresa López, Cristina Molina, Antonio Pérez, Matilde Martín, Silvia Tubert, Ana Hardisson, María José Chivite, María José Agra, Neus Campillo, María José Guerra, Elvira Burgos, Luisa Posada y Celia Amorós han sabido transmitir en esta obra el mensaje liberador feminista: sin un pensamiento entre-mujeres del pensamiento de las mujeres no será posible que se reconozca que nosotras también damos forma al espacio y al tiempo.

La vigésima pensadora recogida en *20 pensadoras del siglo XX* es la reconocida autora, Celia Amorós, que ha obtenido este año el Premio Nacional de Ensayo; ella disfruta de un protagonismo especial en esta obra ya que aparece en los dos últimos apartados del libro: en uno como pensadora estudiada y en el otro como pensadora que estudia, pues es ella quien presta conclusión a esta obra con una interesante reflexión sobre filosofía y feminismo en la era de la globalización. Los nuevos retos no dejan de acuciar a la tarea de pensar que ya desde el siglo que dejamos atrás es también, y sin lugar a dudas, un asunto de mujeres.